



CONGREGATIO PRO CLERICIS

IV DOMINGO DE PASCUA – C

Citas:

Ac 13,14.43-52:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9cebbwm.htm

Ap 7,9.14b-17:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9an4s3g.htm

Io 10,27-30:

www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/9bcbkhj.htm

El Tiempo Pascual nos ayuda a vivir los primeros pasos de nuestro camino de “resucitados”. “Si habéis resucitado con Cristo buscad las cosas de arriba”, dice el Apóstol (Col 3, 1-4). “Hermanos, ¿no sabéis que un poco de levadura hace fermentar toda la masa? Expurgad la levadura vieja, para que seáis masa nueva, ya que sois ácidos. Porque Cristo, nuestro Cordero pascual, fue inmolado. Por tanto, celebramos la fiesta, no con levadura vieja ni con levadura de malicia y de perversidad, sino con ácidos de sinceridad y de verdad” (1 Cor 5, 6-8). “Si me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros” (Jn 15, 20). “Estad atentos: cuidaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos” (Mt 16.6.12). También para los primeros cristianos todo esto no fue fácil ni se dio por supuesto, aunque se diga que tenían todo en común y eran un solo corazón y una sola alma (Act, 4, 32).

Hoy, la primera Lectura nos habla de los éxitos apostólicos de Pablo y Bernabé en Antioquía de Pisidia que, no obstante, enseguida fueron perturbados por la envidia de los Judíos que rechazaron la Palabra de Dios y, en consecuencia, se auto excluyeron de la salvación y suscitaron una persecución contra la fe, con la colaboración de piadosas mujeres de alto nivel. Pablo y Bernabé no se dejaron atemorizar y anunciaron el núcleo central del Evangelio: Jesús ha resucitado, la promesa se ha cumplido para todas las gentes.

Los discípulos estaban llenos de alegría y del Espíritu Santo. En medio de la adversidad, tienen una gran alegría. Parecería que para el autor de los Hechos de los Apóstoles hay una estrecha correlación entre la alegría y el Espíritu Santo. La alegría es una característica del Reino de Dios. El Reino de Dios no consiste en comer ni beber, sino que es justicia, paz y alegría en el Espíritu Santo (Rom 14, 17-19). La alegría cristiana, como la paz que nos es dada por Cristo (Jn 14, 27-31), no es algo que se pueda obtener artificiosamente, porque derivada de la íntima persuasión de estar cumpliendo la voluntad de Dios y de ser partícipe, por medio de la mortificación, de la muerte de Cristo y de su victoria pascual. La alegría es un elemento esencial del testimonio cristiano.

Las hostilidades sufridas por los discípulos llegarán a la dolorosa separación de la Sinagoga respecto a la Iglesia. Seguir a Cristo conlleva también elecciones. Cristo es luz para iluminar a los gentiles y gloria de Israel y así serán desvelados los pensamientos de muchos corazones (Lc 2, 32). ¿Acaso no ha dicho el Señor enviando a los Apóstoles, “id por todo el mundo, anunciad el Evangelio a todas las criaturas bautizándolas... el que crea y sea bautizado se salvará, pero el que no crea será condenado” (Mc 16, 16)?

Pero a menudo los que no creen son los más cercanos. “Vino a los suyos, pero los suyos no lo recibieron” (Jn 1, 11).

También la segunda Lectura nos habla de la multitud de gente llamada a la fe. Los siete sellos nos recuerdan los siete días de la Creación; al sexto día, el de la creación del hombre, le corresponde el sexto sello: la salvación de la humanidad. De entrada, es destruido el mal (Ap 6,12-17), después aparecen los 144.000 de Israel sellados con la Tau (la Cruz) y al final una multitud de todos los lugares, de toda raza, pueblo y lengua, como contemplamos en la Liturgia de la Fiesta de Todos los Santos. Aquellos llevan la palma del martirio en sus manos, porque han pasado a través de la gran tribulación de la persecución, pero también de la Pasión de Cristo; a quienes han estado unidos por el Bautismo, se les viste con un vestido blanco.

Este Domingo es también la fiesta del Buen Pastor, del que se nos habla en la breve perícopa del Evangelio.

Era invierno y se celebraba la fiesta de la Dedicación. Jesús pasea en el Templo, mientras un grupo de judíos le pide que diga si es verdaderamente el Mesías. Ya antes, personas sencillas y de buena voluntad, como la samaritana y el ciego de nacimiento, habían intuido la verdadera identidad de Jesús. Pero ahora los interlocutores están mal dispuestos. Por lo cual, el pasaje evangélico está enseguida de un reclamo de los judíos: “si eres el Cristo, dínoslo abiertamente” (Jn 10, 24). Jesús debía ser desenmascarado. Y tratan de sacar de su boca una afirmación inequívoca. Él no se retrae, pero su respuesta está en dos niveles: 1) el de las disposiciones interiores necesarias para poder encontrar la Verdad; 2) en el plano de la Escritura, que no puede ser discutida.

¿Por qué los judíos rechazan a Jesús? Jesús los invita a fijarse en sus obras, pero ellos lo rechazan porque no están de acuerdo con su mensaje. El plan divino de salvación no concuerda con su sistema de valoración. Para el acto de fe y por su *qualidad* es necesario que se acepte la preparación de la gracia.

Nadie puede arrebatarlas de la mano del Padre (Jn 10, 28). El Señor despliega toda su fuerza para defender a su rebaño, pero ¿por qué se da la presencia del *mysterium iniquitatis*, también en el interior de los fieles y por qué tantas apostasías? No sólo podemos rechazar a Cristo, sino que también podemos renegar de Él después de habernos adherido a Él. Dios respeta nuestra libertad, como el padre del hijo pródigo. “Si nosotros no somos fieles, Él sí permanece fiel” (2 Tim 2, 13).